



Don Francisco de Quevedo

Ante el IV centenario del nacimiento de Quevedo

La Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander, dentro del curso de Filología hispánica ha escuchado la queja del profesor Ynduráin de que el IV Centenario del Nacimiento del escritor Francisco de Quevedo y Villegas se está celebrando de una manera un tanto gris en los ambientes culturales españoles, en contraste con los centenarios de Calderón y Picasso, a los que se les está dando mayor amplitud e incluso antelación.

"QUEVEDO, UN GRAN CREADOR DEL LENGUAJE"

Se reconoce que el escritor conmemorado fue un gran creador del lenguaje y que manejó la lengua literaria, y hablaba de su tiempo con gran maestría. Podía hacerlo porque conoció a fondo las lenguas vulgares, jergas y jácaras de su tiempo, a la vez que conjugaba la maravillosa condensación del latín con las simetrías de los clásicos.

Quevedo se preocupó también de espulgar la lengua de los "lugares comunes", rechazando las muletillas, bordoncillos y frases hechas, expresivas de precariedad mental. Tras de esta labor de limpieza llegó a la creación de asombrosas expresiones forzando la flexibilidad y la competencia de la lengua que manejaba.

SUS DEFICIENCIAS FÍSICAS

Algunos tratan de explicar la acritud y desabrimiento de su carácter por la condición de su deficiencia física. Quevedo, en efecto, era hombre de regular estatura, busto ancho, brazo fuerte y hermosa cabeza. Usaba

Por Jesús Sainz Mazpule

melena ahuecada y abundante, bigote a la borgoñona y perilla corta, lo que combinado con los grandes círculos de los anteojos, daba un aspecto de singular energía a su rostro. Tras los cristales de las lentes le brillaban sus ojos miopes, muy negros, en contraste con el cutis que lo tenía muy blanco. El biógrafo Pedro Antonio de Tarsia le atribuye el color moreno, aunque en su matricula de la Universidad de Valladolid consta que era rubio. Textualmente, "barbirrojo". De medio cuerpo arriba Quevedo era un hombre normal y bien parecido; pero de medio cuerpo abajo resultaba feo a causa de las piernas zambas y de los pies contrahechos y torcidos hacia dentro. Góngora en un epigrama cruel, dijo de ellos que tenía "pies de elegía", y Ruiz de Alarcón le llamaba el "corcovado" en venganza de que Quevedo se burlaba de su chepa. Los defectos físicos no impedían a Quevedo ser ágil, vigoroso y espadachín temible, capaz de vencer, espada en mano, a los más diestros esgrimidores, como lo probó en un encuentro que tuvo con don Luis Pacheco de Narváez, que por aquel entonces tenía fama de ser el mejor maestro de armas de Madrid. A Quevedo le gustaba vestir bien y lucía con gusto la cruz roja del hábito de Santiago sobre el negro de la ropilla.

SUS GUSTOS ARISTOCRÁTICOS

Los verdaderos apellidos del

escritor eran Gómez de Quevedo y Santibáñez; pero prefirió quitarse el Gómez y sustituir el Santibáñez por el Villegas de su abuela paterna, que juzgaba con más tino de aristocracia.

Quevedo es entre todos los escritores españoles, seguramente el más diverso, proteico y multiforme. Abarcó en su labor todos los géneros literarios, dejando en cada una de sus creaciones, señales de una personalidad distinta. Como poeta, novelista, filósofo, comediógrafo, crítico, tratadista político, moralista, traductor y erudito, Quevedo fue un verdadero sabio en numerosas materias, siendo considerado "el polígrafo máximo de la generación a la que él perteneció y de todo su siglo en España". Muchos ilustres varones, insignes en letras humanas y divinas le consultaban en sus dudas, a veces sobre arduos problemas. El P. Mariana acudió a él para que le tradujese ciertos textos hebreos del Antiguo Testamento, que para el ilustre historiador resultaban arduos e impenetrables. Quevedo mantuvo desde muy joven, correspondencia con los más destacados intelectuales extranjeros. Puede citarse entre éstos el filósofo y humanista, profesor de la Universidad de Lovaina, Justo Lipsio. Quevedo contestó a la consulta de Lipsio en latín, expresándole el entusiasmo que le había producido la obra de Lipsio "De Vesta et Vestalibus Syntagma". Como supiera Lipsio que Quevedo estaba ocupado en estudios sobre Homero, le escribió expresándose en griego. El profesor de Levaln se hallaba estupefacto ante los alardes de refinada cultura y del mucho saber de su corresponsal español que sólo tenía 24 años de edad en la fecha de esta correspondencia. Fue entonces cuando Lipsio saludó desde su cátedra universitaria a Quevedo, al que calificó de "Magnum decus hispanorum" ("Gloria máxima de los españoles"). Quevedo, devorador de libros, tenía una memoria extraordinaria y como además sabía latín, aprendió concienzudamente casi en la niñez en las universidades de Alcalá y Valladolid, completó su formación con el griego, el hebreo, leyes, filosofía, teología y cánones. Entre los idiomas modernos, el francés y el italiano le eran familiares.

Además de estos rasgos de capacidad intelectual, Quevedo llevó una intensa vida mundana y andariega, rica en los más variados aspectos del pensamiento y de la lucha. Fue por tanto un intelectual y un hombre de acción, sirviendo como diplomático al duque de Osuna en Sicilia, Nápoles, Roma, Venecia y Madrid, con pruebas de un sorprendente dinamismo y capacidad inigualables para las intrigas políticas. En realidad nunca se desinteresó de la política, aunque actuaba en ella directa o indirectamente. Desde sus tiempos estudiantiles logró un gran respeto por la habilidad de su estoque y la agudeza de su pluma. Ello le acarreo a veces enemistades como la de Góngora y otros. Quevedo, símbolo bullente de una época en viva fermentación, merece las máximas consideraciones a su genio literario por lo que los intelectuales deben defenderse del reproche de postergación a Quevedo, dándole, por lo menos la consideración requerida que se da a los centenarios de Calderón y Picasso.

El domingo, el enano y el maestro

Por Carlos Alberto Montaner

MADRID. Todo escritor, de vez en cuando, necesita que lo castiguen en el lugar del pecado. O sea, en la vanidad. Lo que a continuación relato me ocurrió recientemente.

Domingo, 8 de la mañana. El primer timbrazo me desprende el timpano del oído derecho. El segundo me pulveriza el yunque, la hoz y el martillo del izquierdo. (En el oído izquierdo todos tenemos una hoz y un martillo, como precipitadamente trataba de probar el doctor Mercader la tarde que le hizo la autopsia a León Trotsky). A través de la mirilla veo a una especie de enano gordo, oscuro y borroso, superviviente insólito de algún diluvio universal no registrado por la Biblia. Aún sin abrir, le pregunto, a gritos si es un poema de Ernesto Cardenal. Nunca se sabe adónde puede llegar un poema concreto o un experimento de arte conceptual. Me dice que no. Le pregunto entonces que si lo pintó Guayasamin. Me dice que tampoco. Está como nervioso. Abro, con la secreta esperanza de que mejore de imagen. Todo inútil. Personalmente es aún más enano, gordo, oscuro y borroso. Vuelvo a cerrar y compruebo la mirilla. La mirilla, que deforma a todo el mundo, mejora a mí dominguicida. Estoy tentado a sugerirle que se desplace rodeado de puertas con mirillas, pero me contengo.

—Maestro, necesito hablar con usted —me grita.

Lo de "maestro" me ha conmovido, ¡Oh, vanidad terrible! Decido abrirle, pero dispuesto a defenderme.

—Lo siento, pero ya tengo enciclopedia. (¡Pérfida Británica: utilizando minusválidos estéticos!).

—No es para una enciclopedia maestro...

—Excúseme, señor Testigo de Jehová, pero me he hecho chilita y tengo en el zapato a un americano secuestrado, al que, por cierto, está usted pisando en este momento.

—¡Uy, perdón!

—Creo que ha matado a mi americano.

—¡No soy Testigo de Jehová!

¡Maldición! Domingo, 8 de la mañana y no es Testigo de Jehová ni vende enciclopedias. (Entonces sólo puede ser un agente de Nicolás Guillén).

—¿Se ha repuesto Nicolás del susto del último Nobel? Si llegan a premiar a Alejo Carpentier se nos muere Nicolás. Me lo escribió Argénis Rodríguez en una pérdida carta.

(Lo he dicho en tono cómplice, como quien sabe la cosa).

—De qué Nicolás me habla, maestro... ¿Yo he venido a...?

—No pretenda asegurarme la vida. Soy capaz de las peores locuras. Fumo, bebo, soy paracaidista. Anoche mismo, después de comer opíparamente, me lei veinte páginas seguidas de una novela de Carlos Fuentes.

—¿Seguidas? ¿Sin dormirse?

—Pues sí señor. Seguidas.

—¡Maestro!, escúcheme, se está quemando la panadería.

—¿Que panadería?

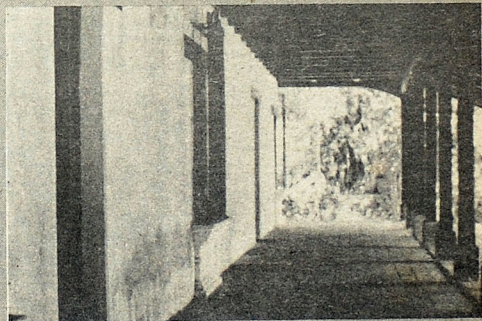
—¿Pero no es usted el maestro panadero?

—No, ese vive arriba.

Y salió corriendo, por la escalera, en busca del verdadero maestro, y yo me metí de nuevo en la cama, cogí la novela de Carlos Fuentes y dormí hasta las once, que es lo que hacen las personas decentes.

Lo nuestro

De Carlos Pohl



Ya no lejos
Suchitoto,
atrás
San Martín:
La Bermuda.

Ayer,
encomienda otorgada por el Rey Carlos V
al tiel Conquistador Bartolomé Bermúdez.

Hoy,
es restaurado el casco de la que pronto fue
una hacienda modelo del cultivo de añil.

Mañana,
la casona un Museo por el circunvecino
amanecer geográfico de nuestra capital.

Octubre, 1980.

Filosofía, Arte y Letras